



CARACAS  
APARTADO 628

# Revista Venezolana de Orientación

AÑO 21 - No. 201

ENERO 1958

“Leva, Jerusalén, oculos tuos, et vide potentiam regis: Ecce Salvator venit solvere te a vínculo”. Alza tus ojos, oh Jerusalén, y mira el poder del Rey; he aquí que viene a librarte de las cadenas”. (Brev. Rom., Fer Infra Hbd. I Adv. ad Magnif).

La invitación materna de la Iglesia a alzar la mirada al cielo para esperar de allí al Dios Salvador, y con El, la liberación de los vínculos de las disonancias que encadenan las almas. Nos deseamos repetirla a vosotros, amados hijos del orbe católico, como paternal felicitación en esta Navidad, que encuentra a los hombres con las miradas vueltas a lo alto, pero con los corazones presa de angustiosas pesadillas por la suerte incierta de la familia humana y de su misma morada terrestre.

No escrutaron así los cielos los pastores de Belén, ni los magos de Oriente, cuando a los primeros, se les aparecieron los ángeles y a los otros se les mostró la mística estrella, anunciándoles el nacimiento del Hijo de Dios en la Tierra. Profundo estupor invadió sus almas al conocer y al asistir a las grandes y maravillosas gestas de Dios que alcanzaban la cumbre y la síntesis de toda posible grandeza en aquel tierno Niño, nacido en la ciudad de David, envuelto en pobres pañales y colocado en humilde pesebre (Luc. 2). Pero su estupor no tenía nada de común con el susto y tormento que suelen suscitar las grandezas terrenales, sino que se trocó en onda de suave aliento, en respiro de inefable paz y de tranquilizadora armonía como sólo Dios sabe infundir en los corazones de los hombres que le buscan, acogen y adoran.

Pero ante el acontecimiento inefable de la venida del verbo divino al mundo, ante este hecho excelentísimo, sobre todos los demás de la historia del género humano, digno por lo tanto de suprema admiración, no todos los hombres se inclinan adorando, como si fuesen prisioneros de su propia pequeñez, como si se sintiesen incapaces de imaginar las posibilidades de la infinita grandeza. Otros en cambio, espectadores del enorme desarrollo de la ciencia moderna, que ha extendido el conocimiento y el poder del hombre hasta la dirección de los espacios astrales, como deslumbrados por la fascinación de sus propios resultados, no saben admirar más que las “grandezas del hombre” cerrando voluntariamente los ojos a las “grandezas de Dios”. Ignorando u olvidando que Dios está todavía más alto que los mismos cielos, y que su trono se apoya sobre las cumbres de las estrellas (Cfr. Job 22) estos tales, no reconocen ya la verdad y el sentido del himno, cantado por los ángeles sobre la gruta, donde se manifestó la suprema grandeza divina. “Gloria in Excelsis Deo”, sino que al contrario, están tentados de sustituirlo con el otro de “gloria en la Tierra al hombre”, al hombre que idea y lleva a la práctica tantas cosas, por lo tanto al “homo faber” como le designan algunos filósofos, ya que se ha mostrado tal en obras que exceden toda medida humana.

MENSAJE PAPAL  
DE NAVIDAD

Este es el momento para volver de nuevo a sus justas proporciones, la admiración del hombre moderno hacia sí mismo. Templando son sabia moderación, el sentimiento casi de embriaguez que van suscitando las conquistas modernas de la técnica, los admiradores del “homo faber” deberían persuadirse de que el detenerse encantados y con gesto de adoración ante la cuna

del Dios Niño, no retrasaría su carrera por las vías del progreso, sino que la coronaría con el perfeccionamiento del "homo sapiens".

En efecto, este hombre "artífice" y "espiritual", al mismo tiempo, reconoce fácilmente que todo lo que Dios hace y manifiesta en el misterio de Navidad, supera incomparablemente toda fuerza, energía y eficiencia humana, del mismo modo que lo infinito supera a lo finito. Con una sensibilidad más viva y perfecta de la que impele a otros a admirar sin reserva cualquier producto material, él siente la dulzura del embeleso ante el Niño Divino que lleva sobre sus hombros el principado (Cf. Is. 9), en él, ve las maravillas del Dios eterno que se viste del tiempo, del Dios inmenso y omnipotente que se circunscribe al espacio y a la debilidad, del Dios majestuoso que se ha hecho "benignidad de nuestro Salvador".

Por esto, el ángel que anunció a los pastores las maravillas de Navidad, empezó con un alentador "no temáis, porque os doy una noticia de grande alegría para todo el pueblo" (Luc. 2, 12). Muy distintos sentimientos suscitan, por el contrario, los anuncios de las nuevas maravillas de la técnica. Pasado el primer ímpetu de regocijo, los hombres de hoy, ante la inesperada multitud de sus crecientes conocimientos y de los efectos que de ellos se derivan, ante esta inaudita invasión del microcosmo y del macrocosmo, atormentados por cierta ansia, se van preguntando, si conservarán su dominio en el mundo, o si no caerán víctimas de su progreso. Los cambios imprevistos a que llevan los nuevos derroteros, abiertos por la ciencia y por la técnica moderna, son considerados por algunos como algo inarmónico, destinado a provocar la turbación, y el desbarajuste en la unidad del orden y de la armonía propia de la razón humana; por otros, en cambio, son considerados como motivos de seria preocupación por lo que toca a la supervivencia misma de sus artífices. El hombre comienza a temer al mundo que cree tener ya en las manos; le teme más que nunca y sobre todo, donde Dios no vive verdaderamente en las mentes y en los corazones, Dios, de quien es obra el mundo —todo y totalmente—, en el cual ha impreso su huella imborrable, Dios Omnipotente, espíritu absoluto, ente sapientísimo y fuente de todo orden, armonía, bondad y belleza.

Para una parte de la humanidad presente, la percepción de las disonancias del mundo, se resuelve en un juicio condenatorio de la reacción entera, como si la falta de armonía fuera necesaria contraseña y su inevitable fatalidad, ante la cual no le queda al hombre, sino cruzarse de brazos con resignación o a lo más, tratar de compensarse con la ayuda de efímeros placeres arrancados a ese mismo desorden reinante.

Este pesimismo total, que comúnmente se apodera de los ánimos abiertos al más amplio y aún más absurdo optimismo, se deriva del extender a todo el cosmos y a sus leyes fundamentales, las innegables incoherencias que presenta el mundo, echándole la culpa de todo al mismo Creador. Ceden en esa forma, a los asaltos del pesimismo total, quienes no saben ver otra cosa en el mundo sino el piélago de crueldades y de dolores que atormentando a los individuos y a los pueblos, directa o indirectamente, acompañan a las actuaciones del progreso externo. Otros, se sienten inducidos a desesperar de la posibilidad de recomponer esa armonía, por el hecho, en sí mismo grave, de que existen hombres que se dejan halagar tan fuertemente por el atractivo de las novedades, que desprecian otros valores genuinos, particularmente los que sostiene el género humano. Otros, finalmente, capitulan, por así decirlo, ante el pesimismo total, cuando ven el hecho deplorable de que hombres exteriormente progresistas se vuelvan interiormente inciviles.

El cristianismo no podrá aceptar jamás ni el pesimismo de éstos ni su inerte resignación, porque están en abierta contradicción con la idea cristiana del hombre. Ya desde un principio se levantó San Pablo contra el prejuicio de los antiguos, según los cuales la suerte de los hombres estaba fatalmente gobernada por los movimientos de la naturaleza. Por eso advertía: No estamos sujetos al poder de la naturaleza, sino a Cristo que nos ha hecho libres y herederos de Dios (Gal. 4, 3-4).

Así que, toda redención y libertad nos viene de Cristo, no de la naturaleza, que siempre, y quizá hoy más que nunca, bajo el poder de la técnica, está dispuesta a remachar sus cadenas. El hombre moderno, por su parte, está más expuesto a volverse siervo de la naturaleza, porque a diferencia del antiguo, que estaba sujeto a ella por ignorancia y por debilidad, está bajo su fuerte presión, en virtud de vastos conocimientos y aplicaciones de sus energías, y por lo tanto obligado a prestarle un culto de adoración y de gratitud por las maravillas que en ella descubre y por los beneficios inmediatos que saca de ella.

Por consiguiente, los estímulos que nos da el Apóstol a romper las cadenas de la servidumbre que nos impone la naturaleza, escogiendo a Cristo y adhiriéndonos a El, son hoy más actuales que nunca. El, y no otro, es vuestro Libertador y Salvador. Gracias a El, estáis destinados "a ser hijos de Dios" (10, 1-12), no siervos de los elementos de este mundo, ni destinados a una perfección parcial de esta o aquella facultad, sino llamados a renovar en todo el hombre la perfecta imagen de Dios, que es armonía en sí mismo y fuente de todo orden en el cosmos.

Al concepto cristiano de un cosmos, modelado por la sabiduría creadora de Dios, por lo tanto unitario, ordenado y armónico, se adelanta, quizás con distancia de siglos, la previsión de un solemne cumplimiento, cuando "en los nuevos cielos y en la nueva tierra" (2 Petr. 3, 12), "tabernáculo de Dios entre los hombres para habitar con ellos. El enjugará de sus ojos todas las lágrimas, no habrá ya muerte, ni duelo, ni gritos, ni habrá dolor. porque las cosas de antes ya han pasado" (Apoc. 21, 1-3).

Con otras palabras, han sido superadas las presentes disonancias. ¿Pero su palabra? Ciertamente que no. Bien lejos de retirar al hombre el poder de dominar la Tierra, Dios se lo confirmó el día en que revistió a su Hijo unigénito de carne humana, habiendo "determinado en la ordenada plenitud de los tiempos reunir en Cristo todas las cosas, las de los Cielos y las de la Tierra" (Eph. 1, 10). De tal manera que Cristo, verbo encarnado, Dios-Hombre, viniendo al mundo, desde el primer momento de su existencia visible, manifiesta que el dominio del mundo es de Dios y del hombre, pero en diverso grado y que, por consiguiente, no se podrá conseguir sino en el espíritu de Dios.

Efectivamente, en Cristo ha habitado sustancialmente el espíritu divino (Col. 2, 9), que al principio del tiempo, dijo: "Hágase la luz. Y la luz fue hecha" (Gén. 1, 3), el mismo espíritu divino, que, impreso como sello imborrable en todas las cosas creadas, inanimadas o vivientes, es el vínculo unitario, el germen del orden, el acorde fundamental.

Existen, pues, profundas discordancias en el hombre nuevo creado por el progreso; pero por más llenas de peligros que éstas puedan estar, no son tales que justifiquen la desesperación de los que son pesimistas empedernidos, ni la resignación de los inertes.

El mundo puede y debe ser conducido nuevamente a la primitiva armonía, según el plan que se trazó el Creador desde un principio, cuando comunicó sus perfecciones a su obra (Eccli. 16, 25-26).

La estabilidad suprema de esta esperanza estriba en el misterio de la Navidad: Cristo Dios, autor de toda armonía, visita su obra. ¿Por qué habrá de desesperar del mundo la criatura si Dios mismo no desespera de él, si el verbo divino por quien fueron hechas todas las cosas, se hizo carne y habitó en medio de nosotros para que resplandeciese por fin su gloria de Unigénito del Padre? Cf. Io. 1, 3 y sig.). Y ¿cómo podría resplandecer la gloria del Creador y Restaurador de todas las cosas, en un mundo fundado necesariamente sobre contradicciones y disonancias?